



## ALAN SILLITOE

Nació en Nottingham, en 1928. Pese a que su formación fue básicamente de carácter autodidáctico, Alan Sillitoe es dueño de una gran cultura que le ha permitido abordar con éxito diversas actividades y géneros literarios. Escribió varios volúmenes de poesía, pero su esfuerzo principal se orientó hacia el campo de la narrativa. Sus novelas muestran una actitud realista y ácida hacia la sociedad, no exenta sin embargo del clásico humor inglés; es notoria su preocupación por los temas sociales. Entre sus obras cabe destacar *Sábado por la noche y domingo por la mañana* (1958), *La soledad del corredor de fondo* (1959) —ambas llevadas al cine, la segunda con gran éxito—, *La muerte de William Posters* (1964), *Un árbol en llamas* (1967) y *Viajes en Nihilon* (1971). En colaboración con su esposa, Ruth Fainlight, tradujo al inglés *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega.



**ALAN SILLITOE**

# **La soledad del corredor de fondo**

*Ilustraciones de Mariano Juárez*



Título original: THE LONELINESS OF THE LARGE-DISTANCE RUNNER  
Traducción: *Mariano Antolín Rato*

1.ª edición: noviembre, 1981

La presente edición es propiedad de Editorial Bruguera, S. A. • Camps y  
Fabrés, 5. Barcelona (España)

© Alan Sillitoe - 1959

Traducción: © Editorial Bruguera, S. A. - 1981

Ilustraciones interiores: Mariano Juárez

Ilustración de cubierta: Isidre Monés

Diseño de colección: Soulé-Spagnuolo

Printed in Spain ISBN 84-02-08338-2 / Depósito legal: B. 31.314 - 1981

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Carretera Nacional  
152, km 21,650. Parets del Valles (Barcelona) - 1981

## I

Nada más llegar al reformatorio me hicieron corredor de fondo de campo a través. Supongo que los tíos pensaron que estaba hecho para ello porque era alto y delgado para mi edad (y todavía lo soy) y, de todos modos, no me importó demasiado, para decir la verdad, porque correr ha sido algo que en nuestra familia se ha hecho mucho, en especial correr para escapar de la policía. Siempre he sido buen corredor, rápido y de zancada larga además; el único problema es que por más rápido que corriera, y aunque sea yo mismo el que lo diga, hiciera un buen esfuerzo, no conseguí evitar que los polis me agarraran después del asunto aquel de la panadería.

A lo mejor les parece un poco raro que en el reformatorio haya corredores de fondo de campo a través y se imaginen que lo primero que hará un corredor de fondo de campo a través cuando lo dejan suelto por campos y bosques será largarse lo más lejos que pueda llevarle su tripa llena de la bazofia del reformatorio... pero están equivocados, y les voy a decir por qué. Primero, los bastardos que están encima de nosotros no son tan tontos como parecen la mayor parte del tiempo; y después, yo tampoco soy tan tonto como parecería si tratara de largarme durante mi carrera de fondo, porque eso de esconderse para que luego le agarren a uno no es más que un juego de idiotas, y a mí no me va. La zorrería es lo que cuenta en esta vida, y hasta esa zorrería hay que usarla con la mayor malicia posible; se lo digo en plan absolutamente legal: si ellos son zorros, yo también. Sólo con que «ellos» y «nosotros» tuviéramos las mismas ideas nos lo pasaríamos de coña, pero ellos no ven el mundo con nuestros ojos y nosotros no lo vemos con los suyos, conque las cosas están así y siempre seguirán estándolo. Lo único que pasa es que todos nosotros somos unos zorros, y por eso no perdemos el tiempo queriéndonos mucho unos a otros. La cosa, en definitiva, es que ellos saben que no voy a intentar largarme; se quedan esperando como arañas en aquella casa de campo en ruinas lo mismo que cornejas subidas al tejado, vigilando caminos y campos como generales alemanes en las torrelas de los tanques. Y hasta cuando mi trote me lleva detrás de un bosque y no me pueden seguir viendo, saben que mi cabeza de estopa asomará por encima de la valla antes de una hora y me presentará al tío de la puerta. Porque cuando una mañana helada y con niebla me levanto a las cinco y me quedo temblando de pie sobre el suelo de piedra y a todos los demás les queda todavía otra hora de roncar antes de que suene la campana, voy escaleras abajo y cruzo los pasillos hasta la enorme puerta con el permiso para salir a correr en la mano, me siento como el primero y el último hombre de la tierra, los dos a la vez, sí creen

lo que estoy tratando de contar. Me siento igual que el primer hombre porque casi sin nada de ropa encima, sólo con una camiseta y unos pantalones cortos, me mandan a los bosques helados... hasta el primer pobre imbécil arrojado a la tierra en mitad del invierno sabía hacerse un traje de hojas, o cómo despellejar a un pterodáctilo para abrigarse. Pero yo aquí estoy, tieso de frío, sin nada para calentarme, a no ser las dos horas de carrera de fondo antes de desayunar, sin ni siquiera una rebanada de pan y algo con que untarlo. Me están entrenando a tope para el día de las competiciones importantes, cuando todos esos duques y señoras de cara de cerdo y narices llenas de mocos —que no saben sumar dos y dos y se liarían de mala manera si no tuvieran esclavos que mandar— vienen y nos sueltan discursos sobre que los deportes son lo adecuado para que empecemos a llevar una vida honrada y mantengamos las puntas de los dedos lejos de las cerraduras de las tiendas y las cajas de caudales, y de las horquillas de abrir contadores de gas. Luego nos dan una cinta azul y una copa de premio después de que hemos reventado corriendo o saltando, como caballos de carrera; sólo que a nosotros no nos cuidan tan bien como a los caballos de carrera y ésa es la diferencia.

Conque aquí estoy, de pie ante la puerta del reformatorio, sólo en camiseta y pantalones cortos, sin tener siquiera una corteza de pan duro en la tripa, mirando las flores cubiertas de escarcha en el suelo. ¿A lo mejor se figuran que es para llorar? Nada de eso. Sólo porque me sienta como el primer fulano del mundo no me entran ganas de llorar. Hace que me sienta cincuenta veces mejor que cuando estoy encerrado en ese dormitorio con otros trescientos tíos. No, cuando no me siento tan bien es cuando a veces me quedo allí sintiéndome el *último* hombre del mundo. Y me siento el último hombre del mundo porque pienso que esos trescientos tíos que dejo allí detrás están muertos. Duermen tan bien que pienso que cada uno de esos torpes ha estirado la pata por la noche y soy yo el único que queda, y cuando miro hacia fuera, la maleza y los estanques helados, tengo la sensación de que todo se irá poniendo cada vez más frío, empezando por mis brazos colorados, y quedará cubierto por mil kilómetros de hielo: todo, la tierra entera, hasta el mismo cielo, y por encima de toda la tierra y el mar. Así que trato de no sentirlo y hacer como si fuera el primer hombre de la tierra. Y eso hace que me sienta bien, de modo que cuando consigo la presión necesaria para tener esa sensación, cruzo la puerta de un salto y salgo al trote.

Estoy en Essex. Se supone que es un buen reformatorio, o por lo menos eso fue lo que me dijo el director cuando llegué aquí desde Nottingham.

—Queremos confiar en ti mientras estés en este establecimiento —dijo, alisando su periódico con manos blancas y finas de quien no pega golpe, mientras yo leía las letras enormes que veía cabeza abajo: *Daily Telegraph*—. Si tú juegas limpio con nosotros, nosotros jugaremos limpio contigo. —(Lo dijo de verdad, parecía como si se tratara de un partido de tenis)—. Queremos que se trabaje duro y bien y queremos buenos atletas. —Y dijo también—: Si haces esas dos cosas puedes estar seguro de que nos portaremos bien contigo y te devolveremos al mundo convertido en un hombre honrado.

Bueno, podía haberme muerto de risa, sobre todo cuando nada más

decir esto oigo el ladrido del sargento mayor mandándonos a mí y a otros dos «firmes» y haciéndonos salir de allí marcando el paso como si fuéramos granaderos de la guardia. Y mientras el director seguía diciendo que queremos que hagas esto, que queremos que hagas lo de más allá, yo buscaba con la mirada a los otros tipos y me preguntaba cuántos habría. Claro que sabía que había miles, pero que yo sepa, en aquella habitación sólo había uno. Y había miles, por todo este puñetero país, en tiendas, oficinas, estaciones, coches, casas, bares... gente dentro de la ley, ustedes y ellos, todos vigilando a los fuera de la ley como yo y nosotros... y esperando el momento de llamar por teléfono a la poli en cuanto hagamos un movimiento en falso. Y siempre será así, lo digo desde ahora, porque todavía no he terminado de hacer movimientos en falso, y aseguro que no dejaré de hacerlos hasta que estire la pata. Si los que están dentro de la ley esperan que vayan a prohibirme que haga movimientos en falso, ya se pueden sentar a esperar. Mejor me ponía contra un paredón y me disparaban con una docena de fusiles. Es la única manera que tienen de mantenerme a raya, y lo mismo a otros millones de tíos como yo. Porque he estado pensando en muchas cosas desde que llegué aquí. Ellos pueden pasarse el día entero espiándonos para ver si hacemos de las nuestras y si trabajamos bien o hacemos «atletismo» pero no pueden hacer una radiografía de nuestras tripas para saber lo que nos contamos. Me he estado haciendo todo tipo de preguntas, y pensando en mi vida hasta ahora. Y me gusta hacerlo. Es una distracción. Hace que pase el tiempo y que el reformatorio no parezca ni la mitad de malo de lo que los chicos de nuestra calle decían que era. Y la pijada esta de las carreras de fondo es lo mejor de todo, porque hace que piense tan a gusto que aprendo cosas todavía mejor que cuando estoy en la cama por la noche. Y aparte de eso, con lo de pensar tanto mientras corro, me estoy convirtiendo en uno de los mejores corredores del reformatorio. Y puedo hacer mi recorrido de seis kilómetros mejor que nadie. En cuanto me digo que soy el primer hombre que ha caído en el mundo, y en cuanto doy un salto tremendo y piso la hierba helada de primera hora de la mañana, cuando ni siquiera los pájaros tienen ganas de cantar, me pongo a pensar, qué es lo que me gusta. Hago el recorrido en sueños, doblando los recodos de un sendero o una pista sin darme cuenta de que los doblo, saltando arroyos sin saber que están allí, y gritándole los buenos días a un ordeñador de vacas madrugador sin verle siquiera. Es estupendo ser corredor de fondo, encontrarse solo en el mundo sin un alma que te ponga de mala leche o te diga lo que tienes que hacer o que hay una tienda que descerrajar en la calle de al lado. A veces pienso que nunca he sido tan libre como durante este par de horas en que troto por el sendero de más allá de la puerta y doblo por el roble aquel de tronco pelado y enorme barriga del final del camino. Todo está muerto, pero bien, pues ha muerto antes de haber vivido; no ha muerto después de haber vivido. Así es como yo lo veo. Se lo digo, muchas veces al principio estoy tieso de frío. No siento ni las manos ni los pies ni la carne, nada de nada; es como si fuera un fantasma que ni siquiera se enterase de que hay una tierra debajo de él si de vez en cuando no la ve entre la bruma. Pero aunque algunas personas, si escribieran a sus madres dirían que hacía un frío horrible, yo no lo digo, porque sé que dentro de media hora tendré calor, que cuando llegue a la carretera y doble hacia el camino de los

trigales, junto a la parada del autobús me sentiré tan caliente como una estufa panzuda y tan contento como un perro con un rabo de hojalata.



Es una buena vida, me digo a mí mismo, si uno no se da por vencido ante la poli y los amos del reformatorio y todos los demás desgraciados de dentro de la ley. Trot-trot-trot. Paf-paf-paf. Slap-slap-slap hacen mis pies en el duro suelo. Fiss-fiss-fiss, cuando los brazos y los costados rozan contra las ramas desnudas de los arbustos. Porque ya tengo diecisiete años, y cuando me den rienda suelta —si me decido y trato de que las cosas sean de otro modo— querrán meterme en el ejército, ¿y qué diferencia hay entre el ejército y este sitio donde estoy ahora? No me van a engañar, los muy desgraciados, he visto el cuartel que hay cerca de donde vivo, y si no hubiera tíos de uniforme haciendo guardia a la puerta con fusiles, uno no notaría la diferencia entre sus paredes tan altas y el sitio donde estoy ahora. Y aunque éstos salgan alguna vez entre semana a tomarse una pinta de cerveza, ¿qué? ¿No salgo yo tres mañanas por semana a correr, y no es mucho mejor eso que darle a la botella? Cuando me dijeron por primera vez que iba a correr sin un guardia pedaleando a mi lado en una bici, no me lo podía creer; pero dijeron que era un establecimiento progresista y moderado, y a mí no me las dan porque sé

que es igual que los demás reformatorios, según lo que me contaron, excepto que aquí me dejan trotar por el campo. Un reformatorio es un reformatorio, hagan lo que hagan, pero de todos modos yo protesté un poco diciendo que era demasiado que me soltaran así tan temprano a correr seis kilómetros con el estómago vacío, hasta que a fuerza de palabras me convencieron de que no estaba tan mal —cosa que yo ya sabía desde un principio—, y me dijeron que era un buen deportista y me dieron palmaditas en la espalda cuando dije que muy bien, que correría y que trataría de ganarles la Copa con Cinta Azul de Carreras de Campo a Través de los Reformatorios (de toda Inglaterra). Y ahora, cada vez que me ve, el director me habla casi como si hablara con su caballo de carreras, si lo tuviera.

—¿Todo bien, Smith? —me pregunta.

—Sí, señor —respondo.

Se retuerce su bigote gris.

—¿Cómo van esas carreras?

—Me dedico a correr por ahí después de cenar, sólo para mantenerme en forma, señor —le digo.

Al oír esto, el muy idiota barrigón de ojos saltones queda encantado.

—Bien hecho. Sé que nos ganarás la copa — dice.

Y yo suelto entre dientes:

—Mierda, ganaré.

No, no les conseguiré la copa, aunque ese estúpido bastardo de mierda tenga todas sus esperanzas puestas en mí. Porque, ¿qué significa su asquerosa esperanza?, me pregunto. Tro-trot-trot, slap-slap-slap, por encima del arroyo y bosque adentro donde casi está a oscuras y las ramitas heladas me pinchan las piernas. Porque eso para mí no es más que un latazo, y para él significa tanto como significaría para mí coger un boleto de las carreras y apostar por un caballo que no conociese, que nunca he visto, y que me importara un rábano ver alguna vez. Eso es lo que significa para él. Pero yo perderé esa carrera, porque nada de ser un caballo de carreras, y se lo diré poco antes de que empiece... esto, suponiendo que no me largue de aquí antes incluso de la carrera. Juro por Dios que lo haré. Soy un ser humano y tengo pensamientos y secretos, y una maldita vida en el cuerpo que él ni sospecha que está ahí, y nunca lo sabrá porque es un idiota. Supongo que esto les dará risa, yo diciéndole al director que es un estúpido bastardo, cuando apenas sé escribir y él puede leer y escribir y sumar como un maestro. Pero lo que digo es verdad de la buena. Es un borde, y yo no, porque yo puedo ver mejor dentro de los que son como él, que él dentro de los que son como yo. Admitámoslo: los dos somos unos zorros, pero yo lo soy más y al final ganaré aunque me muera en un calabozo a los ochenta y dos años, porque yo le sacaré más diversión y más fuego a mi vida que él a la suya. El ha leído mil libros, lo acepto, y que yo sepa hasta podría haber escrito unos cuantos, pero yo también sé seguro, tan seguro como que estoy sentado aquí, que lo que estoy garabateando vale un millón más de lo que él pueda garabatear nunca. No me importa lo que digan, pero es la verdad y no puede negarse. Cuando me habla y miro su jeta de militar, sé que estoy vivo y que él está muerto. Si corriese quince metros se quedaría fiambre. Y si entrase quince metros dentro de lo que me pasa en las tripas, también... del susto. De

momento, los tipos muertos como él tienen el látigo en la mano para pegarnos a los que son como yo, y estoy casi completamente seguro de que siempre será así; pero a pesar de eso, juro por Dios que me gusta más ser como soy —siempre corriendo y descerrajando tiendas por un paquete de pitillos y un bote de mermelada— que tener el látigo en la mano para descargarlo encima de los demás y estar muerto desde las uñas de los pies hasta arriba de todo. A lo mejor, lo que pasa es que en cuanto uno tiene poder sobre los demás queda muerto. Juro por Dios que decir esta última frase me ha costado unos cuantos cientos de kilómetros de campo a través. Al principio haber dicho una cosa así me habría resultado más difícil que sacar un billete de un millón de libras del bolsillo trasero del pantalón. Pero es verdad, como saben, y ahora que lo vuelvo a pensar, sé que siempre ha sido verdad y que siempre lo será, y cada vez estoy más seguro de ello cuando veo al director abrir la puerta aquella y decir:

—Buenos días, muchachos.

Mientras corro y veo el humo de mi aliento levantándose en el aire como si tuviera diez puros clavados en distintas partes del cuerpo, cada vez pienso más en el sermón que me soltó el director cuando llegué por primera vez. Honradez. Sé honrado. Una mañana me reí tanto que tardé diez minutos más en hacer el recorrido porque tuve que pararme hasta que



se me pasaron las punzadas en el costado. Llegué tarde y el director se preocupó tanto que me mandó al médico para que me mirara por rayos X y me examinara el corazón. Sé honrado. Es como decir: sé un muerto, como yo, y luego ya no te dará pena dejar tu agradable casa de los barrios bajos para ir al reformatorio o a la cárcel. Sé honrado y confórmate con una porquería de empleo de seis libras a la semana. Bueno, pues a pesar de todas estas carreras de fondo, todavía no he sido capaz de entenderlo... y lo que quiere decir no me gusta. Porque después de todo lo que he pensado, me doy cuenta de que habla de algo que no me sirve, sobre todo teniendo en cuenta dónde nací y me crié. Porque otra cosa que la gente como el director no entenderá jamás es que yo soy honrado, que nunca he sido más que honrado, y que siempre seré honrado. Parece raro, pero es verdad, pues yo sé lo que para mí significa ser honrado y él sólo sabe lo que significa para él. Creo que mi honradez es la única que hay en el mundo, y él cree que la única que hay en el mundo es la suya. Por eso se han inventado esta casa tan grande y tan asquerosa rodeada de muros y vallas en medio de ninguna parte, para meter a los chavales como yo. Pero si el que tuviera un látigo en la mano fuera yo, ni siquiera me molestaría en construir un sitio como éste para meter dentro a todos los de la poli, a los directores, a las prostitutas de lujo, a los empleadillos, a los militares, a los miembros del Parlamento; no, los pondría delante de un paredón y terminaría con ellos, lo mismo que ellos habrían hecho con los tipos como yo hace muchos años; es decir, lo habrían hecho si supieran lo que significa ser honrado, cosa que no saben ni sabrán, así que Dios me ayude.

Estuve unos dieciocho meses en el reformatorio antes de que pensara en largarme. No puedo contar cómo era aquello porque no tengo mano para describir edificios o para contar cuántas sillas cojas y cuántas ventanas hay en una habitación. Tampoco me puedo quejar demasiado, pues, para decirles la verdad, en el reformatorio no sufrí nada de nada. Respondería lo mismo que un compinche mío que, cuando le preguntaron si odiaba mucho al ejército el tío respondió:

—No lo odio —dijo—. Me dan de comer, me dan ropa y algo de dinero para gastar, o sea mucho más de lo que tuve hasta ahora en toda mi vida, a no ser que me matara trabajando, y la mayoría del tiempo no me dejaban ni trabajar, sino que me mandaban a la oficina del paro un par de veces por semana.

Bueno, pues esto es más o menos lo que yo digo. El reformatorio no me hizo daño en ese sentido, así que como no tengo queja tampoco necesito describir lo que nos daban de comer, o cómo eran los dormitorios o cómo nos trataban. Pero en otras cosas el reformatorio sí que me hizo algo. No, no me hizo sacar las uñas, porque las he tenido sacadas desde el mismo momento de nacer. Lo que hizo fue enseñarme lo que utilizaban para asustarme. También tiene otras cosas, como la cárcel y, al final, la soga. Es como si me lanzara con la idea de pegar a un tipo para quitarle la chaqueta que lleva puesta, y de repente tuviera que parar porque el tipo acababa de sacar una navaja y la levanta dispuesto a degollarme como a un cerdo si me acerco demasiado. Esa navaja es el reformatorio, la cárcel, la soga. Pero en cuanto uno ha visto la navaja aprende a pelear sin armas. Y hay que hacerlo, porque uno no va a tener nunca en la mano una navaja como ésa, y la lucha sin armas no servirá de mucho. Con todo, es lo único

que hay, así que uno sigue corriendo hacia aquel tipo, con navaja o sin ella, esperando agarrarle la muñeca con una mano y el codo con la otra, todo al mismo tiempo, y doblarle el brazo hasta que suelte la navaja.

Así que ya ven, al mandarme al reformatorio me han enseñado la navaja, y de ahora en adelante sé algo que antes no sabía, o sea que ellos y yo estamos en guerra. Siempre lo supe, claro, porque estuve detenido antes y los chicos que conocí allí me contaron un montón de cosas de sus hermanos del reformatorio, pero entonces aquello era como de poca importancia, como un juego, como hacer guantes, como una tontería. Pero ahora que me han enseñado la navaja, tanto si vuelvo a afanar otra cosa como si no, sé quienes son mis enemigos y lo que es la guerra. Por mí, pueden tirar todas las bombas atómicas que quieran; yo nunca llamaré guerra a eso ni me pondré un uniforme de soldado, pues mi guerra es de otro tipo, y a ellos les parece un juego de niños. Lo que ellos creen que es la guerra es un suicidio, y a los que van a esa guerra y los matan deberían meterlos en la cárcel por intento de suicidio, pues eso es lo que piensan por dentro cuando corren a alistarse o dejan que los alisten. Lo sé, porque a veces he pensado en lo bueno que sería terminar conmigo mismo, y el modo más fácil de hacerlo que se me ocurrió fue esperar a que hubiera una guerra de las grandes y así poder alistarme y que me mataran. Pero se me pasó cuando me di cuenta de que ya estaba haciendo una guerra por mi propia cuenta, que había nacido metido en una, que había crecido oyendo hablar de los «veteranos» que habían saltado de la trinchera en Dartmoor, habían quedado medio muertos en Lincoln, atrapados en la tierra de nadie del reformatorio... eso hacía más ruido que ninguna de las bombas de los alemanes. Las guerras del gobierno no son mis guerras; no tienen nada que ver conmigo, porque nunca me preocuparé más que de mi propia guerra. Recuerdo que cuando tenía catorce años, fui al campo con tres primos míos, todos más o menos de mi misma edad, y después fueron a parar a distintos reformatorios, y luego a regimientos distintos, de los que desertaron en seguida, y luego a cárceles distintas, donde todavía siguen, que yo sepa. Pero, de todos modos, entonces todos éramos unos chavales y queríamos salir al bosque para variar, para alejarnos de las carreteras que aquel verano apestaban a alquitrán caliente. Saltábamos vallas y cruzábamos campos agarrando de paso unas cuantas manzanas ácidas, hasta que vimos el bosque como a un par de kilómetros. Collier Pad arriba oímos a otros grupos de chavales hablando con voz de estudiantes detrás de un seto. Nos acercamos a ellos a rastras, atisbamos entre las zarzas y vimos que estaban merendando; era un verdadero banquete que sacaban de cestas y botellas y manteles. Serían como unos siete, chavalas y chavales, a los que sus papas y sus mamas les habían dado vía libre aquella tarde. Así que seguimos arrastrándonos junto al seto con la barriga pegada al suelo igual que cocodrilos y los rodeamos, y luego nos lanzamos hacia el centro, dispersando la hoguera y dando patadas a las hojas de periódicos y haciéndonos con todo lo que había de comer. Luego echamos a correr por Cherry Orchard hasta el bosque, con un tipo detrás de nosotros que había aparecido mientras les quitábamos la merienda. Nos largamos sin problemas, y de paso nos dimos un buen atracón, pues estábamos muriéndonos de hambre y nos faltaba tiempo para clavar los dientes en las hojas de lechuga y los bocadillos de jamón y los pasteles de nata.

Bueno, pues siempre he vivido todos los instantes de mi vida como aquellos chavales debían de vivir antes de que cayéramos sobre ellos. Pero ellos ni soñaban que les iba a pasar lo que pasó, justo como el director de este reformatorio que nos suelta cosas sobre la honradez y todas esas pijadas de las que no tiene ni idea, mientras que yo no olvido ni por un momento que hay una bota enorme siempre dispuesta a aplastar cualquier merienda agradable que tuviera la idiotez y falta de honradez de prepararme. Admito que ha habido veces en que pensé contárselo todo al director para que se pusiera en guardia, pero en cuanto me encuentro delante de él y lo veo, cambio de parecer, pensando que vale más dejarle que lo descubra por sí mismo o que pase por las mismas cosas que pasé yo. No soy un tipo de corazón duro (de hecho he ayudado en mis tiempos a unos cuantos fulanos dándoles comida o pitillos, o cama o refugio cuando andaban por ahí), pero que me ahorquen si voy a arriesgarme a que me lleven a celdas sólo por tratar de darle un consejo que no se merece al director. Si tengo el corazón blando, sé para qué tipo de gente lo debo guardar. Y ningún consejo que le diese al director le serviría de nada; sólo serviría para que tropezara antes que si no se lo hubiera dado, lo que supongo que es lo que quiero que pase. Pero de momento dejo que las cosas sigan tal y como están, que es algo que he aprendido también estos dos últimos años. (Es bueno que sólo pueda pensar en estas cosas a la misma velocidad con que escribo con este trozo de lápiz que tengo en la manaza; en caso contrario, hubiera dejado todo el asunto hace semanas.)

Cuando llego a la mitad de mi recorrido de cada mañana, cuando después de un amanecer congelador veo un moco de sol colgando de las ramas desnudas de hayas y sicómoros, y cuando sé que he llegado a la mitad de mi camino porque el atajo empieza a bajar hacia la orilla cubierta de matorrales y luego sigue por el camino hondo, cuando todavía no hay ni un alma a la vista ni se oye nada, a no ser el relincho de un potrillo en el establo de una granja que no puedo ver, me pongo a pensar las cosas más profundas y alocadas de todas. Al director le daría un ataque si viera cómo me deslizo por la orilla porque me puedo desnucar o romper una pierna, pero no consigo evitarlo, pues es el único riesgo que corro y el único momento emocionante que vivo, este de volar planeando como uno de aquellos pterodáctilos del «Mundo perdido» que oí una vez por la radio, loco como un pollo recién salido del cascarón, arañándome hasta hacerme pedazos y abandonándome casi, pero no del todo. Es el momento más maravilloso, porque mientras voy bajando en la cabeza no tengo nada, ni una idea, ni una palabra, ni una imagen de nada. Estoy vacío, tan vacío como estaba antes de nacer, y no me dejo ir, supongo, porque sea lo que sea lo que hay dentro de mí no me deja morir ni que me haga daño. Y es una idiotez pensar profundamente, ya saben, porque así no se consigue nada aunque me vuelvo profundo cuando paso la señal de la mitad del recorrido, porque las carreras de fondo a primera hora de la mañana me hacen pensar que cada una de ellas es una vida —una vida pequeña, lo sé—, pero una vida tan llena de desgracias y de felicidad y de cosas que pasan como la que uno puede tener a su alrededor... y me acuerdo que después de un montón de estas carreras se me ocurrió pensar en que no se necesita saber demasiadas cosas para decir cómo va a terminar una vida una vez ha empezado. Pero, como siempre, me equivoqué; ligado primero

por la poli y luego por mi mala *cabeza*, y no podía fiarme de mí mismo para volar tranquilo por encima de aquellas trampas y antes o después terminar por caerme sin que importe a cuántos hubiera salvado sin saberlo siquiera. Mirando hacia atrás supongo que los árboles se ponían las ramas encima de los morros y se guiñaban el ojo unos a otros, y yo bajaba por la orilla zumbando y sin ver una puñetera cosa.

## II

Nunca me digo: «Si no hubiese hecho aquello, no habrías venido a parar al reformatorio.» No, lo que intento meterme en mi cabeza de corredor es que la suerte no tenía derecho a largarse justo cuando estaba a punto de conseguir que los de la poli creyesen que, después de todo, yo no había dado el golpe. Era en otoño y aquella noche había niebla suficiente como para que yo y Mike, mi compinche, saliéramos a callejear cuando debíamos habernos quedado clavados delante de la tele o atornillados en una cómoda butaca del cine, pero después de mes y medio lejos de cualquier tipo de faena me sentía inquieto, y bueno, podrían preguntarme



por qué había tenido el esqueleto quieto durante tanto tiempo, pues normalmente acababa muerto de cansancio en una fresadora con los demás tipos, pero ya ven, mi padre se murió de cáncer de garganta, y mamá reunió unas quinientas libras entre seguro y primas que le dieron en la fábrica donde trabajaba él, «para aliviar su desgracia», dijeron ellos, o algo parecido.

Ahora creo, y mi madre debe de pensar lo mismo, *que* un fajo de crujientes billetes negro-azulados de cinco libras no son cosa buena de ver por un alma viviente a no ser que pasen volando de tus manos al cajón de alguna tienda, y el de la tienda te dé en seguida a cambio cosas de primera clase por encima del mostrador; así que en cuanto tuvo el dinero, madre nos llevó a mí y a mis cinco hermanos a la ciudad y nos vistió con ropa nueva como si fuéramos maniquíes. Luego encargó una tele de veintiuna pulgadas, una alfombra nueva porque la vieja estaba llena de la sangre que soltó padre al morir y no se quería marchar, y cogió un taxi para volver a casa con bolsas llenas de comida y un abrigo de pieles nuevo. ¿Y saben? —no se lo van a creer cuando se lo cuente—, al día siguiente todavía le quedaban cerca de trescientas libras en el bolso abarrotado de cosas, conque, ¿a quién de nosotros se le iba a ocurrir ir a trabajar después de todo aquello? Pobre viejo, ni siquiera lo pudo ver, y eso que tuvo que sufrir tanto y morir para que tuviéramos aquel montón de pasta.

Noche tras noche nos sentábamos delante de la tele con un bocadillo de jamón en una mano, una tableta de chocolate en la otra y una botella de limonada entre las piernas, mientras madre estaba arriba con algún tipo en la cama nueva que se había comprado, y les digo que en la vida conocí a una familia más contenta que la nuestra durante aquellos dos meses en que tuvimos todo el dinero que necesitábamos. Y cuando la pasta se acabó, no me quedé pensando mucho tiempo, sino que cogí y salí a la calle —a buscar otro trabajo, le dije a madre— esperando, supongo yo, echarle mano a otras quinientas libras para que aquella vida tan agradable a la que nos habíamos acostumbrado siguiera y siguiera para siempre. Porque es increíble lo pronto que uno se acostumbra a una vida diferente. Para empezar, los anuncios de la tele nos habían enseñado que en el mundo había muchas más cosas que comprar de las que habíamos soñado cuando mirábamos los escaparates de las tiendas, pero no habíamos visto todo lo que había que ver porque, en cualquier caso, no teníamos dinero para comprarlo. Y la tele hizo que todas las cosas nos parecieran veinte veces mejor de lo que habíamos creído que eran. Hasta los anuncios del cine eran fríos y sosos, porque ahora los veíamos en casa privadamente. Solíamos pegar la nariz ante las cosas de las tiendas que no se movían, y de repente veíamos su auténtico valor porque saltaban y brillaban en la pantalla y allí teníamos a una tía de cara pintarrajeada perdiendo la cabeza por echar sobre ellas sus zarpas de uñas pintadas o sus labios también muy pintados, no como en los miserables anuncios que se veían en los carteles o en el periódico, muertos como fiambres; estos otros andaban revoloteando por allí tranquilamente, paquetes y botes a medio abrir, que te hacían pensar que todo lo que tenías que hacer era terminar de abrirlos antes de que fueran tuyos, lo mismo que si vieras una caja de caudales abierta por el escaparate de una tienda y el dueño se hubiera ido a tomar una taza de té sin acordarse de dejar encerrada su pasta. Las películas que ponían eran

también buenas, en ese sentido, porque no podíamos despegar los ojos de los policías que perseguían a los ladrones que llevaban maletas llenas de dinero y parecían que iban a conseguir escaparse para gastárselo... hasta el último momento. Siempre deseaba que los tíos terminaran libres para quemar la pasta como les diera la gana y casi nunca conseguía no querer estirar la mano y hundirla en la pantalla (parecía un trozo de trapo como en el cine) para coger al de la poli y hacerle una llave y que dejase de seguir al tipo de las maletas llenas de dinero. Hasta cuando se había cargado a un par de empleados del banco esperaba que no lo cogieran. De hecho, entonces deseaba más que nunca que no lo pescaran, porque eso significaba la silla eléctrica, y yo no se la deseaba a nadie por mucho que hubiera hecho, porque una vez leí en un libro que en la silla eléctrica uno no se muere en seguida, ni mucho menos, sino que se va asando allí poco a poco hasta que la palma. Y cuando la poli andaba persiguiendo a los bandidos hacíamos los mejores trucos con la tele, porque cuando uno de ellos abría la boca para soltar que iban a coger al tío, yo quitaba el sonido y le veía mover la boca como una carpa, una caballa o un ciprino que imitara el papel que se suponía que tenía que interpretar... era tan divertido que la familia entera se revolcaba casi muerta de risa por encima de la alfombra nueva que todavía no había encontrado el camino del dormitorio. Con todo, lo mejor era cuando hacíamos lo mismo con algún conservador que nos decía lo bueno que sería su gobierno si seguíamos votándoles... y siempre meneando, abriendo y agitando sus colgantes quijadas, levantando las manos para retorcerse el bigote y luego tocándose los ojalos para asegurarse de que la flor no se le había estropeado, así que te podías dar perfecta cuenta de que no se creía ni una de las palabras que estaba diciendo, especialmente si no salía ni un murmullo del aparato porque habíamos quitado el sonido. Cuando el director del reformatorio me habló por primera vez, me acordé tanto de aquellas veces que casi me muero tratando de no reír. Sí, jugábamos a tantas cosas con la caja de las mentiras, que madre solía llamarnos Los Chicos de la Tele, pues éramos hábiles de verdad con ella.

Mi amigo, Mike, salió con la condicional porque era su primer asunto —por lo menos, el primero del que se enteraron— y porque dijeron que nunca lo habría hecho si no hubiera sido por mí que lo metí en aquello. Dijeron que yo era una amenaza para los chavales honrados como Mike —tenía las manos en los bolsillos para que pareciera que estaban limpios de polvo y paja, la cabeza inclinada como si anduviera buscando medias coronas para llenarlos, un jersey todo él roto y el pelo cayéndole encima de los ojos para poder acercarse a las mujeres y pedirles un chelín porque tenía hambre—, y que yo era el cerebro que estaba detrás de todo y el cabecilla siempre que había que conseguir convencer a alguien, pero juro por Dios que de eso nada, porque la verdad es que no tengo más seso que un mosquito, pues escondí el dinero en aquel sitio. Y a mí —aunque estoy tan chiflado— me mandaron al reformatorio por decir la verdad de la buena y porque ya había estado detenido antes... aunque ésa es otra historia y supongo que si la cuento alguna vez resultará tan latosa como ésta. Con todo, me alegró que Mike saliera limpio, y sólo deseo que siga siempre así, no como un imbécil hijoputa como yo.

Así que aquella noche de niebla dejamos la tele y cerramos la puerta

delantera de un portazo, y enfilamos por nuestra ancha calle arriba como lentos remolcadores subiendo el río con la sirena estropeada, porque no sabíamos dónde empezaban las fachadas de las casas con toda aquella niebla alrededor. Yo temblaba de frío sin abrigo, pues madre se había olvidado de comprarme uno durante la fiebre de las compras, y cuando se me ocurrió recordárselo, toda la pasta se había ido. Así que silbábamos. «La fiesta de los teddy boys» para entrar en calor y yo me decía que tenía que conseguirme un abrigo en seguida aunque fuera lo último que hiciera en toda mi vida. Mike dijo que pensaba en lo mismo, añadiendo que quería conseguir también unas gafas nuevas con montura de oro para llevarlas en lugar de las de aros de alambre que le habían dado en la clínica de la escuela años atrás. Al principio, el tío no se percataba de la niebla y se limpiaba las gafas sin parar cada vez que yo le empujaba para que no chocase contra una farola o un coche, pero cuando vio que las luces de Alfreton Road parecían los ojos de un pulpo se las metió en el bolsillo y no se las volvió a poner hasta que terminamos el asunto. No juntábamos ni dos medios peniques entre los dos, y aunque no teníamos hambre, cuando pasábamos por delante de las freidurías de pescado y patatas nos hubiera gustado tener un chelín o dos porque el delicioso olor a sal y vinagre y grasa de freír nos hacía la boca agua. No me importa contarles que anduvimos por la ciudad de uno al otro extremo, y cuando no teníamos los ojos pegados al suelo buscando carteras y relojes perdidos, nuestras miradas rondaban las ventanas de las casas y las puertas de las tiendas para ver si encontrábamos algo interesante y fácil de coger.

Ninguno de los dos le dijo al otro tantas cosas como las que yo pongo aquí, pero sé que no hay duda de que íbamos pensando en esto. Lo que no sé —y tan seguro como que estoy sentado aquí que no lo sabré nunca— es quién de los dos le echó primero el ojo a aquel patio trasero de una panadería. Sí, claro, queda muy bien decir que fui yo, pero la verdad es que nunca llegué a saber si fue Mike o yo, porque sé que yo no vi aquella ventana abierta hasta que él me dio un codazo en las costillas y me la señaló.

—¿Ves eso? —dijo él.

—Sí —le respondí—, así que vamos allá.

—Pero ¿qué hacemos con la pared? —me susurró acercándose para mirar.

—Encima de tus hombros —dije yo.

Ya tenía los ojos fijos arriba.

—¿Conseguirás llegar?

Fue la única vez que se mostró algo animado.

—Déjame a mí —dije, siempre preparado—.

Puedo llegar a cualquier parte subido a tus hombros.

Mike era pequeñajo comparado conmigo, pero debajo de su jersey de cuello alto a cuadros, tenía unos músculos duros como el hierro, y al verle caminar calle abajo con sus gafas y las manos en los bolsillos uno nunca le hubiera creído *capaz* de matar a una mosca, pero a mí nunca me ha gustado estar en el bando opuesto al suyo en una pelea porque es de esa clase de gente que se pasa semanas sin decir ni una palabra —clavado delante de la tele o leyendo una novela de vaqueros, o simplemente dormitando—, cuando de repente... ¡PLAFF!... y casi se carga a alguien

por una tontería, como por ejemplo el haberle ganado en una carrera para conseguir el *Football Post* del sábado por la noche haberse colado delante de él en una parada del autobús o haberle molestado cuando estaba pensando en la Sirena de la bañera de la puerta de al lado. Una vez le vi ponerse hecho una fiera con un tipo sólo porque le había mirado de mala manera, y luego resultó que el tipo era bizco y nadie lo sabía porque justamente aquel mismo día había venido a vivir a nuestra calle. Otras veces ninguna de estas cosas le importaba un carajo, y supongo que éramos amigos porque yo tampoco solía hablar demasiado en todo un mes.

Así que Mike levantó las manos como si le estuvieran apuntando con una ametralladora Gatling y se acercó a la pared como si fueran a borrarle del mapa y yo trepé encima de él como si fuera una escalera de mano, y él seguía allí, con las palmas de las manos boca arriba para que yo pudiera subirme a ellas como si fueran la palanca elevadora de un coche y sin que se escapara ni un sonido al respirar, ni el estremecimiento de una vacilación. En cualquier caso, no perdí tiempo, cogí la chaqueta que llevaba entre los dientes, la extendí encima del cristal (donde los cristales no cortaban demasiado porque sus filos habían quedado rebajados por las pedradas ocasionales recibidas durante años) y me senté a horcajadas casi antes de darme cuenta de donde estaba. Luego bajé por el otro lado, y las piernas se me clavaron en la garganta cuando llegué al suelo, pues el salto resultó tan duro como cuando uno baja en paracaídas desde gran altura, pues uno de mis amigos me dijo que era igual que saltar desde una pared de cuatro metros, y aquélla debía de tenerlos. Luego recogí los cachos de mi cuerpo y abrí la puerta para que entrara Mike, que seguía haciendo muecas de burla y estaba muy animado porque ya habíamos hecho lo más difícil del asunto.

—Llegué, abrí y entré —como dice una divertida canción del reformatorio.

Yo no pensaba en nada de nada, como de costumbre, porque nunca pienso cuando estoy ocupado, cuando vacío tuberías, afano sacos, salto cerraduras o levanto pestillos, obligando a mis descarnadas manos y a mis piernas tan flacas a moverse un poco, casi sin notar que mis pulmones tragan el aire hacia dentro y luego lo sueltan para fuera iffff-fuuuu, ni darme cuenta de si tengo la boca cerrada y los dientes apretados, o de si está abierta, de si tengo hambre o me pica la miseria, o de si tengo el hocico abierto y suelto tacos y escupo a la niebla de última hora de la noche. Y si no me entero de ninguna de esas cosas, ¿cómo voy a atreverme a decir que estoy pensando en algo? Cuando estoy considerando cuál será la manera mejor de abrir una ventana o forzar una puerta, ¿cómo voy a pensar en algo o tener ocupada la mente? Eso fue lo que el tipo de los cuatro ojos y bata blanca del cuaderno de notas no conseguía entender cuando me hacía preguntas durante días y días al llegar al reformatorio; y aunque entonces hubiera sabido explicárselo como ahora, seguro que no lo habría entendido, porque ni siquiera yo mismo sé si lo entiendo en este momento, aunque pueden apostar que estoy haciendo todo lo posible.

Conque antes de que supiera dónde estaba, ya me encontraba dentro de la oficina del panadero viendo a Mike coger la caja del dinero después de haber encendido una cerilla para ver dónde estaba y llevando estampada en la cara, bajo el pelo al rape, una sonrisa de las buenas y muy apropiada

mientras cerraba las zarpas sobre la caja como si quisiera estrujarla para hacerla desaparecer.

—Fuera de aquí —dijo de repente, sacudiendo la caja, y sonaron las monedas—. Larguémonos.

—A lo mejor hay algo más —sugerí yo, abriendo media docena de cajones de un escritorio.



—No —dijo él, como si llevara más de veinte años en el oficio—, esto es todo, no hay nada más.

Y dio unas palmaditas a la caja.

Yo abrí algunos cajones más, llenos de facturas, libros y cartas.

—¿Y cómo lo sabes tú, so listo?

Pasó delante de mí como un toro por delante de una cerca.

—Porque lo sé.

Verdad o no, lo cierto es que los dos teníamos que ir juntos y hacer lo mismo. Yo le eché el ojo a una máquina de escribir completamente nueva, una maravilla, pero me di cuenta de que era demasiado fácil seguirle la pista, así que le eché un beso y salí detrás de Mike.

—Espera —dije yo, cerrando la puerta—, no tenemos prisa.

—Lo que no tenemos es tiempo —dijo él por encima del hombro.

—Tenemos meses para ir tirando de esa pasta —susurré yo mientras cruzábamos el patio—, pero ten cuidado de que esa puerta no haga demasiado ruido o los chivatos se nos echarán encima.

—¿Crees que soy idiota? —dijo él, cerrando la puerta con tal ruido que lo oyó toda la calle.

No sé lo que haría Mike, pero yo me puse a pensar en cómo conseguiríamos llegar a casa sanos y salvos con la caja encima de mi barriga y teniendo que cruzar todas aquellas calles. Porque Mike me la había puesto en las manos en cuanto llegamos a la calle principal, lo que a lo mejor significa que también él se había puesto a pensar, y esto sólo sirve para mostrar que uno nunca sabe lo que está pensando otro a no ser que se ponga a pensar él también. Pero lo que yo estaba pensando en aquel momento no era gran cosa; sólo tenía algo de miedo, que ni lo hubiera derretido un soplete, al pensar en lo que diríamos a uno de la poli que nos preguntara adonde íbamos con aquella chepa en mi barriga.

—¿Qué es eso? —preguntaría.

Y yo voy y digo:

—Es un tumor.

—¿Y qué quieres decir con eso de un tumor, amigo mío? —me respondería él, interesado.

Yo tosería y me apretaría el vientre como si me dolieran las tripas muchísimo, y levantaría la vista haciendo como que iba camino del hospital, y Mike me cogería del brazo como si fuera mi mejor amigo.

—Cáncer —conseguiría decirle al cabrón, lo que haría que su maldito cerebro de borracho sospechara un par de cosas.

—¿Un chaval de tu edad?

Así que yo volvería a gemir esperando que el muy idiota comprendiera que se estaba pasando, lo que de hecho sería imposible, pero de todos modos añadiría:

—Es cosa de familia. Mi madre murió el mes pasado, y yo me siento tan mal que seguramente moriré el mes que viene.

—¿Qué, y lo tenía en las tripas?

—No, en la garganta. Pero yo lo tengo en el estómago.

Gemido y tos.

—Bueno, pues si tiene cáncer no deberías de andar por la calle, deberías estar en un hospital.

Ahora yo me mostraría nervioso.

—Allí es adonde trato de llegar si usted me deja en paz y termina de hacerme preguntas. ¿Verdad, Mike?

Gruñido afirmativo de Mike que se pondría a charlar sin parar.

Entonces, y en buena hora, el de la poli nos diría que siguiéramos, añadiendo que el departamento de recepción de pacientes del hospital cerraba a las doce, así que ¿por qué no nos conseguía un taxi? Diría que si queríamos lo haría, y además nos lo pagaría. Pero nosotros le responderíamos que no se molestase, que aunque era de la poli era un buen tipo, pero que sabíamos de un atajo por el que llegar a tiempo. Entonces, justo cuando doblábamos la esquina, su puñetero cerebro se daría cuenta

de que íbamos en dirección contraria al hospital, y nos gritaría que volviéramos. Así que echaríamos a correr... si puede llamarse pensar a todo esto...

Arriba, en mi cuarto, Mike abrió la caja de la pasta con un martillo y un escoplo, y antes de que nos diéramos cuenta de donde estábamos, teníamos setenta y ocho libras, quince chelines y cuatro peniques y medio *para cada uno* allí desparramados encima de mi cama, como si fueran hojas de té sembradas por el suelo el día de Navidad: pasteles y crema, ensalada y emparedados, tarros de mermelada y tabletas de chocolate, todo compartido entre Mike y yo a partes iguales porque nosotros creíamos que a igual trabajo igual paga, justo como los compañeros que tenía padre hasta que ya no pudo dar ni golpe y se quedó sin aliento para discutir. Yo pensé en lo bueno que era que los tipos como aquel pobre panadero no amontonasen todo su dinero en uno de esos bancos con fachada de mármol que están en todas las esquinas de la ciudad, y en la suerte que teníamos nosotros de que no les confiaran la pasta por muchos millones de toneladas de cemento armado o de rejas de hierro y cajas de caudales que tuvieran, ni por muchos tipos de la poli que hubiera con sus ojos azules clavados en ellos, y en lo bueno que era que confiaran todavía en las cajas de metal cuando había tantos tenderos que las consideraban pasadas de moda y procuraban modernizarse utilizando un banco, lo que dejaba sin oportunidades a una pareja de tipos sinceros, honrados, trabajadores y conscientes como Mike y yo.

Ahora pensarán, y yo pensaría, y lo pensaría cualquiera con un poco de imaginación, que habíamos dado un golpe de lo más limpio posible, que, con la panadería a casi dos kilómetros de donde vivíamos y sin alma alguna que nos hubiera visto, con la niebla y el hecho de que no habíamos estado más de cinco minutos en el sitio, la poli nunca sería capaz de seguirnos la pista. Pero se equivocarían, me equivocaría yo, y se equivocarían todos los demás, sin importar cuánta imaginación hubiéramos puesto en juego entre todos.

Con todo, Mike y yo no empezamos a gastar el dinero por ahí, porque eso habría hecho pensar inmediatamente a la gente que habíamos dado un golpe o algo así y que habíamos conseguido algo que no nos pertenecía. Lo que para nada nos convenía, porque hasta en una calle como la nuestra hay gente a la que le gusta hacer favores a la poli, aunque nunca he comprendido por qué. Hay gente con tan mala leche que aunque sólo tengan dos peniques más que tú y piensen que se los vas a quitar en cuanto se te presente la más mínima oportunidad, harían que te metieran en la cárcel en cuanto te vieran arrancando el plomo de las tuberías de un meadero público, que ni siquiera es suyo... sólo para mantener sus dos peniques fuera de tu alcance. Así que no hicimos nada que delatara lo ricos que éramos, nada como ir a la ciudad y volver vestidos con trajes nuevos de teddy-boys todos flamantes y llevando una batería para tocar *skiffle* como hizo otro amiguete nuestro que había dado un golpe en la oficina de una fábrica seis meses antes.

No, nosotros cogimos los chelines y los peniques y envolvimos los billetes en fajos y los metimos en el canalón del desagüe que había justo a la puerta del patio trasero.

—A nadie se le ocurrirá mirar ahí —le dije a Mike—. Lo tendremos

escondido una semana o dos, luego iremos sacando unas cuantas libras por semana hasta que lo hayamos liquidado todo. Podemos ser unos malditos ladrones, pero no unos novatos.

Unos días después un agente de paisano llamó a la puerta preguntando por mí. Yo todavía estaba en la cama, eran las once, y tuve que despertarme de aquellas cómodas mantas cuando oí que madre me llamaba.

—Hay un hombre que te quiere ver —me dijo—. Date prisa o se irá.

Yo la oía haciéndole esperar en la puerta de atrás charlando sobre el buen tiempo que habíamos tenido, pero de cómo parecía que iba a llover desde primeras horas de la mañana... y él sin contestarle nada, a no ser algún que otro sí o no de presumido. Me metí en los pantalones y me pregunté a qué habría venido —sabía que era de la poli porque «un hombre que te quiere ver» en nuestra casa siempre significa eso— y si hubiera sabido que al mismo tiempo había ido otro a ver a Mike, habría barruntado que era por aquellas ciento cincuenta libras metidas en el canalón junto a la puerta de atrás a menos de medio metro del zapato de aquel agente de paisano, con el que madre seguía hablando creyendo que me estaba haciendo un favor, y yo pidiendo que por amor de Dios le dijera que entrase, aunque pensándolo bien me di cuenta de que eso le parecería más sospechoso que tenerle fuera, porque ellos saben que les odiamos y se huelen que hay gato encerrado si tratamos de parecer amables. Madre no había nacido ayer, pensé yo, bajando con seguridad los escalones que rechinaban.



Lo conocía de antes: Bernard, del reformatorio, con sombrero; Ronald, del juzgado, con botas de pescador; Pete, de libertad condicional, con impermeable de cavadador; la pasta de tres meses en cuello y corbata (todo esto es de una canción de *skiffle* que compuso un amigo mío del reformatorio, y que contaría entera si no fuera porque no pertenece a esta historia), un agente que nunca tuvo en los bolsillos una cantidad como la que el tubo del desagüe guardaba en sus tripas. De cara, se parecía a Hitler, hasta en el bigote con forma de pincel, a no ser que al medir más de un metro ochenta parecía todavía peor. Pero yo me estiré para mirar directamente a los ojos azules de aquel analfabeto... como hago siempre con todos los de la poli.

Entonces se puso a hacerme preguntas, y mi madre decía desde detrás:

—Lleva tres meses sin separarse del aparato de televisión, conque no puede tener usted nada contra él, amigo. Mejor sería que buscara en otra parte, porque ahí plantado está malgastando lo que cobra de sus impuestos que pago sobre mi sueldo...

Lo que era para reírse porque ella jamás había pagado impuestos, que yo sepa, y nunca los pagará, espero.

—Bueno, ¿verdad que sabes dónde está la calle Papplewick? —me preguntó el agente, sin prestar atención a madre.

—¿No está por donde Alfreton Road? —le pregunté yo, servicial y animado.

—A que también sabes que a medio camino, a mano izquierda, hay una panadería, ¿verdad?

—¿No está en la puerta de al lado de un *pub*? —quise saber yo.

El me respondió, cortante:

—No, maldita sea, no está allí.

Los de la poli siempre pierden la paciencia en seguida, y las más de las veces no ganan nada con ello.

—Entonces no la conozco —le dije, salvado por el gong.

Se puso a trazar círculos cada vez mayores en la entrada con su enorme zapato.

—¿Dónde estuviste el viernes pasado por la noche?

Otra vez en el ring, pero ahora era peor que en un combate de boxeo.

No me gustaba que tratara de acusarme de algo que no estaba seguro de que hubiera hecho yo.

—¿Estuve en la panadería que decía usted? ¿O en el *pub* de la puerta de al lado?

—Te vas a ganar cinco años en el reformatorio como no me respondas sin rodeos —dijo, desabrochándose el impermeable aunque allí afuera, donde seguía de pie, hacía frío.

—Estaba pegado a la tele como ha dicho mi madre —juré sin dudarle.

Pero él siguió con sus estúpidas preguntas:

—¿Tenéis aparato de televisión?

Con las cosas que me preguntaba no hubiera engañado ni a un chaval de cada dos, y qué podía contestarle yo a esto último sino:

—¿Acaso se ha caído la antena? ¿O es que quiere entrar a verla?

Al contestarle así, todavía le gusté mucho menos.

—Sabemos que el viernes pasado no estuviste escuchando la televisión,

y tú también lo sabes, ¿a que sí?

—A lo mejor no la escuchaba, pero la estaba *mirando*, porque a veces quitamos el sonido para divertirnos un tato.

Oía que madre se estaba riendo en la cocina, y esperaba que la madre de Mike hiciera lo mismo si la poli también le había visitado a él.

—Sabemos que no estabas en casa —dijo empezando otra vez, y muy mosca.

Siempre dicen «nosotros», «nosotros» y nunca «yo», «yo»... como si se sintieran más valientes y mejores sabiendo que son un montón contra uno solo.

—Tengo testigos —le aseguré—. Mi madre es uno; su querido es otro. ¿Son bastantes? Puedo conseguirme una docena más, y hasta trece, si quiere.

—No quiero mentiras —respondió enfadado—. Lo único que quiero saber es dónde pusiste aquel dinero.

No pierdas la cabeza, me repetía para mis adentros, no pierdas la cabeza... oyendo como mamá preparaba platos y tazas y ponía la sartén en el fuego para freír el tocino. Di un paso atrás y, con el gesto, como si fuera un mayordomo, le invité a entrar.

—Entre y registre la casa. Si tiene una orden judicial, claro.

—Oye, chico —dijo él como el asqueroso e idiota de camorrista que era—. Basta ya de charlas, porque si te llevamos al cuartelillo te ganarás unos cuantos moretones y saldrás con los ojos negros. —Y yo sabía que no estaba bromeando, porque he oído hablar de todos los procedimientos que usan. Sin embargo, esperaba que algún día fueran él y todos sus compinches los que tuvieran los ojos morados y recibieran las coces; uno nunca sabe. Podría pasar antes de lo que la gente cree, como en Hungría—. Dime dónde está el dinero, y saldrás con la condicional.

—¿Qué dinero? —le pregunté, porque también me habían hablado antes de esa treta.

—Ya sabes qué dinero.

—¿Tengo cara de saber algo sobre dinero? —dije, haciendo pasar el puño por un roto de la camisa.

—El dinero que robaron, lo sabes perfectamente —insistió él—. No podrás engañarme, así que será mejor que no lo intentes.

—¿Eran tres chelines y ocho peniques y medio? —pregunté yo.

—¡So bastardo ladrón! Ya te enseñaré yo a robar el dinero que no te pertenece.

Yo volví la cabeza.

—Mamá —grité—, llama a mi abogado y que se ponga al aparato, ¿quieres?

—Te crees muy listo, ¿verdad? —me dijo de un modo muy poco amistoso—, pero no descansaremos hasta que lo aclaremos todo.

—Oiga —supliqué, como si se me fueran a saltar los ojos a fuerza de sollozos porque sospechaba de mí—, está muy bien que hablemos así, casi es igual que un juego, pero me gustaría saber de qué se trata, porque le juro por Dios que acabo de levantarme de la cama y me lo encuentro a usted aquí en la puerta diciéndome que he robado un montón de dinero, un dinero del que yo no sé nada de nada.

El tipo se pavoneó como si me hubiera atrapado, aunque no comprendí

por qué lo creía.

—¿Quién dijo nada de dinero? Yo, desde luego no. ¿Por qué has sacado a relucir el dinero en esta conversación que mantenemos?

—Fue usted —le contesté, pensando que se había vuelto idiota y empezaría a echar espuma por la boca—; usted tiene el dinero metido en la mollera, lo mismo que todos los demás policías. Y, además, panaderías.

El tío levantó la jeta.

—Quiero que me contestes. ¿Dónde está el dinero?

Pero yo empezaba a estar harto de todo aquello.

—Le propongo un trato.

A juzgar por su cara, que se encendió como una bombilla, el de la poli pensó que iba a conseguir algo de utilidad.

—¿Qué tipo de trato?

Entonces se lo solté:

—Le daré todo el dinero que tengo, o sea un chelín y cuatro peniques y medio, si termina usted con este interrogatorio de tercer grado y me deja desayunar. Legal; es que me estoy muriendo de hambre. No he probado bocado desde ayer. ¿No oye cómo me hacen ruido las tripas?

Abrió la boca molesto, pero siguió sonsacándome durante otra media hora. Una investigación de rutina, como dicen en las películas. Pero me di cuenta de que el que iba ganando a los puntos era yo.

Luego se marchó, pero por la tarde volvió a registrar la casa. No encontró nada de nada. Volvió a hacerme preguntas y yo no le dije más que mentiras, mentiras y mentiras, porque soy capaz de contarlas todo el rato sin pestañear. No encontró nada en contra mía y los dos lo sabíamos, pues en caso contrario me habría llevado al cuartelillo sin perder ni un segundo, pero siguió y siguió con que yo antes ya había estado detenido por entrar en una casa; y Mike también había hecho lo mismo porque todos los de la poli de la zona sabían que era mi mejor amigo.

Cuando se hizo de noche, yo y Mike estábamos en el cuarto de estar de nuestra casa casi a oscuras y con la tele puesta; Mike encantado en la mecedora y yo acurrucado en un sofá, los dos fumándonos un paquete de Woods. Con la puerta cerrada y las cortinas corridas hablábamos de la pasta que habíamos metido en el canalón. Mike opinaba que debíamos cogerla y meternos en un camarote hasta Skegness o Cleethorpes para pasárnoslo a base de bien con las máquinas, viviendo como duques en una pensión junto al muelle, así por lo menos pasaríamos un verano estupendo hasta que nos metieran en la cárcel.

—Oye, idiota —le dije—, no nos van a atrapar para nada, ya nos divertiremos después.

Éramos tan listos que ni siquiera íbamos al cine, aunque teníamos muchas ganas.

Por la mañana el tipo con cara de Hitler volvió a interrogarme, esta vez con uno de sus compinches, y al día siguiente también volvieron, tratando de sacarme algo, pero yo no cedí ni una pulgada. Ya sé que al decir esto me estoy pasando, pero el tipo se había dado cuenta de que yo era un buen contrincante y que jamás me vencería con sus preguntas por más que siguiera interrogándome. Registraron la casa un par de veces, además, lo que me hizo pensar que creían que tenían de verdad algo a lo que

agarrarse, pero ahora sé que no lo tenían y que todo aquello era pura especulación sin fundamento. Pusieron la casa patas arriba y le dieron la vuelta como a un calcetín viejo, yendo de arriba abajo y de adelante atrás, pero, claro, no encontraron nada. El de la poli incluso metió las narices en la chimenea de la habitación de adelante (que llevaba años sin usar y sin limpiar) y salió con pinta de Al Jolson, por lo que tuvo que ir a lavarse al fregadero. No se cansaron de dar golpecitos ni de hurgar alrededor de la enorme planta de aspidistra que la abuela le había dejado como herencia a mamá, y hasta la levantaron de la mesa para mirar debajo del tapete, y luego la dejaron a un lado para poder mover la mesa y levantar las tablas debajo de la alfombra, pero a los estúpidos cabezotas hijoputas no se les ocurrió vaciar la tierra del tiesto de la planta donde habrían encontrado la caja del dinero que habíamos enterrado allí la noche que dimos el golpe. Supongo que todavía debe de seguir allí, ahora que lo pienso, y supongo que de vez en cuando madre se preguntará por qué la planta no crece ya como crecía antes... como si pudiera crecer con un montón de hojalata negra muy gorda alrededor de las raíces.

La última vez que llamaron a nuestra puerta fue una mañana lluviosa a las nueve menos cinco y yo estaba en mi asquerosa cama durmiendo como un tronco. Mamá se había ido a trabajar aquel día, así que, le grité que esperara un poco, y luego bajé a ver quién era. Allí estaba, uno ochenta de alto y empapado, y por primera vez en mi vida hice una cosa idiota que nunca olvidaré: no le dije que entrara a guarecerse de la lluvia, porque quería que cogiese una pulmonía doble y se muriera. Supongo que si hubiera querido me habría dado un empujón para entrar, pero a lo mejor le gustaba hacer preguntas en las puertas de las casas y no quería quedar en inferioridad al cambiar de tercio ni siquiera cuando estaba lloviendo. Si no me gusta ser rencoroso no es por ningún principio que tenga, pero aquella muestra de rencor, según se demostraría, no me vino nada bien. Debería de haberle tratado como a un hermano al que llevaba veinte años sin ver y arrastrarle dentro de casa para que tomara una taza de té y se fumara un pitillo, contarle la película que había visto la tarde anterior, preguntarle cómo estaba su mujer después de la operación y si le habían afeitado los pelos de la tripa para hacérsela, y luego despedirle feliz y satisfecho junto a la puerta de adelante. Pero no, pensé, vamos a ver con lo que me viene ahora.

Se quedó allí junto a la puerta, a lo mejor porque allí se mojaba menos, o porque quería mirarme desde un ángulo diferente; a lo mejor sólo era porque encontraba aburrido ver cómo un tipo le contaba mentiras sin parar siempre desde el mismo ángulo.

—Te han identificado —dijo, quitándose unas gotas de lluvia al retorcerse el bigote—. Una mujer os vio a ti y a tu compinche ayer y jura por lo más sagrado que sois los mismos tipos que vio entrar en la panadería.

Yo estaba totalmente seguro de que seguía con sus embustes, porque Mike y yo no nos habíamos visto el día anterior, pero puse cara de preocupado.

—Esa mujer, sea la que sea, es una amenaza para la gente inocente, porque la única panadería en la que estuve últimamente es la que hay en nuestra calle cuando fui a comprar de fiado un poco de pan para mi madre.

El tío no se lo tragó.

—Así que ahora quiero saber dónde está el dinero... —dijo, como si yo no le hubiera contestado nada de nada.

—Creo que mamá se lo ha llevado esta mañana al trabajo para tomar un poco de té en la cantina. —La lluvia caía con tanta fuerza que pensé que, como no entrara se llevaría al de la poli arrastrando. Pero eso no me importó demasiado y seguí—: Recuerdo que ayer por la noche lo puse en el florero de encima de la tele, sólo eran un chelín y tres peniques que había ahorrado para comprarme un paquete de pitillos, esta mañana, y estuve a punto de sufrir un ataque epiléptico cuando vi que había volado. Contaba con aquel dinero para gastármelo hoy, porque para mí la vida sin un pitillo no merece la pena, ¿no le parece?

Comprendí que las cosas estaban saliéndome bien y empezaba a sentirme a gusto, imaginándome que aquél iba a ser el último cargamento de mentiras y que si seguía manteniendo la cara lo suficiente esta vez vencería a esos bordes; Mike y yo saldríamos para la costa dentro de unas semanas a corrernos la gran juerga de nuestra vida, jugaríamos al fútbolín y nos ligaríamos a un par de chiquillas que nos lo harían pasar en grande.

—Y con este tiempo no voy a andar cogiendo colillas por la calle —seguí—, porque estarán empapadas de lluvia. Claro que sé que se pueden secar poniéndolas junto al fuego, pero no tienen el mismo sabor, ya sabe, por decirlo pronto y claro. La lluvia hace que cambies, así que no se puede pensar en fumarlas; las convierte en una asquerosidad que sabe muy mal.

Empezaba a preguntarme, detrás de mis ojos de idiota, por qué el tipo de la poli no me cortaba en seco diciéndome que no tenía tiempo para seguir oyendo todo aquello, pero ya no me miraba, y todos mis pensamientos sobre Skegness se hicieron pedazos dentro de mi maldita mollera. Quise que me tragara la tierra cuando vi en lo que había clavado la vista el tío.

Lo que estaba mirando era un maravilloso billete de cinco libras, y sólo pude farfullar:

— Lo importante es tener pitillos de verdad porque hasta los más baratos siempre son mejores que los mojados por la lluvia y puestos luego a secar, y sé cómo se debe de sentir usted al no ser capaz de encontrar el dinero porque un chelín y tres peniques no son más que un chelín y tres peniques en el bolsillo de cualquiera, y, claro está, que si mañana veo algo de dinero por ahí le llamaré por teléfono para decirle donde lo puede encontrar.

Creí que me iba a caer seco de un ataque: tres de los verdes habían sido arrastrados por el agua, y los seguían más; al principio quedaban planos en el suelo, luego con el viento y la lluvia se les levantaban las puntas como si estuvieran vivos y quisieran volver al seco canalón para escapar de aquel tiempo terrible, y no se pueden ni imaginar cómo deseé que pudieran hacerlo. El de la cara de Hitler no sabía qué hacer y se limitaba a mirar y volver a mirar el suelo, y yo pensé que lo mejor sería seguir hablando aunque sabía que ya no iba a servirme de mucho.

—Es un dato seguro, lo sé, que el dinero no se consigue con facilidad y que uno no encuentra nunca medias coronas en los asientos del autobús ni en los cubos de basura, y anoche no vi ninguna en la cama porque me habría dado cuenta, ¿no cree? Uno no puede dormir con cosas así en la

cama porque son demasiado duras, por lo menos al principio y...

Al Hitler le llevó tiempo entender lo que pasaba; los billetes empezaron a desparramarse por el patio, reforzados por un billete de diez chelines, antes de que su mano se cerrara sobre mi hombro.

### III

El barrigudo director de ojos saltones le decía a otro barrigudo y de ojos saltones, miembro del Parlamento, que estaba sentado junto a la idiota barriguda y de ojos saltones de su mujer que yo era su única esperanza para ganar la Copa con Cinta Azul de Carreras de Campo a Través (de toda Inglaterra), lo que era verdad y casi me hizo soltar una carcajada para mis adentros, y yo no decía nada a ningún barrigón de ojos saltones borde al que pudiera dar alguna esperanza de verdad, aunque yo sabía que de todos modos el director tomaba mi silencio por aceptación de que iba a conseguir la copa de marras y que podía considerar que ya la tenía en la estantería de su oficina entre otros roñosos trofeos.

—Quizá pueda correr como profesional cuando salga —y no fue sino hasta que dijo eso y yo lo oí con mis orejas cuando me di cuenta de que a lo mejor era posible hacerlo, correr por dinero, trotar cobrando por cada actuación a un chelín por resoplido subiendo poco a poco hasta una guinea por cada boqueada, y jubilarme a los treinta y dos años con los pulmones hechos cortinas de encaje, el corazón como un balón de fútbol y unas piernas como tallos de judías con varices. Pero entonces ya tendría mujer y coche y mi cara de corredor de fondo estaría en los periódicos y una secretaria contestaría pilas de cartas mandadas por un montón de chiquillas que se apiñarían alrededor mío cuando fuera abriéndome paso a empujones hasta el Woolworth a comprarme un paquete de hojas de afeitar y tomarme una taza de té. Era algo que me tenía que poner a pensar ya mismo, y el director seguro que sabía que me había impresionado cuando lo dijo, y se volvió hacia mí como si de todos modos me tuvieran que consultar algo sobre ello:

—Entonces, ¿qué piensas de este asunto, Smith, muchacho?

Una hilera de ojos saltones barrigudos me miró y una fila de bocas de caballa se abrió y vi un montón de dientes de oro, así que les respondí lo que ellos querían oír porque prefería reservar mi as de triunfos para después.

—Me suena bien, señor —contesté.

—Buen chico. Buena respuesta. Espíritu adecuado. Espléndido.

—Bien —dijo el director—, gánanos esa copa hoy y yo haré por ti todo lo que pueda. Haré que te entrenen para que seas capaz de derrotar a cualquier hombre del Mundo Libre.

Y en el cerebro tuve una imagen mía corriendo y ganando a todo el mundo, dejándolos a todos detrás hasta que me quedaba yo solo, trotando por una enorme llanura muy ancha, a una velocidad tremenda, mientras me escabullía entre pedruscos y cañaverales, cuando de repente: ¡BANG! ¡BANG!... y las balas que van más rápidas que cualquier hombre, por

mucho que corra, llegaban del fusil de un guarda plantado en un árbol, volaban hacia mí y me desgarraban el buche a pesar de mi estilo perfecto, y yo me caía al suelo.

Los barrigudos esperaban a que yo dijera algo más.

—Gracias, señor —dije.

Dijeron que me fuera, bajé trotando los escalones del pabellón y salí al campo porque la gran carrera de campo a través estaba a punto de empezar y los dos inscritos de Gunthorpe se habían instalado temprano en la línea de salida y estaban listos para salir pitando como canguros blancos. El campo parecía un banquete, con grandes puestos de té todo alrededor y banderas al viento y asientos para los familiares —vacíos porque ninguna mamá ni ningún papá habían sabido lo que significaba día de apertura— y chicos que todavía corrían acalorados los cien metros, lores y ladies paseando de un puesto a otro, y la banda Chicos del reformatorio con sus uniformes azules; y arriba en las tribunas, las chaquetas marrones de Hucknall, y también nuestras chaquetas grises, y luego la basca de Gunthorpe con las mangas de las camisas remangadas. El cielo azul estaba inundado de sol y no podía hacer un día mejor y todo aquel gran espectáculo parecía el de *Ivanhoe* que había visto en el cine unos cuantos días antes.

—Ven, Smith —me llamó Roach, el profesor de deportes—, no queremos que llegues tarde a la gran carrera. Aunque apuesto a que aun llegando tarde los alcanzarías, ¿no crees?

Los otros, ante esto, soltaron maullidos y gruñidos, pero yo no hice caso y me coloqué entre los de Gunthorpe y uno del equipo de Aylesham, me apoyé en las rodillas y cogí unas cuantas briznas de hierba para chuparlas durante el recorrido. Así que la gran carrera era eso, para ellos que nos miraban desde la tribuna principal debajo de una Union Jack agitada por el viento, una carrera para el director, que había estado esperándola, y yo esperaba que él y todos los demás de su banda de ojos saltones estuvieran muy ocupados apostando muchísimo por mí, cien a uno ganador, todo el dinero que tenían los bolsillos, todos los sueldos que iban a cobrar en los próximos cinco años, y cuanto más apostasen más contento me sentiría. Porque aquí había un tipo totalmente seguro de que iba a morir de risa ante la gran fama que le habían estado dando, sí, iba a morir de risa aunque cayera asfixiado. Mis rodillas notaban la tierra fría presionando como si quisiera entrar en ellas y con el rabillo del ojo vi a Roach que levantaba la mano. El chico de Gunthorpe salió disparado antes de que dieran la señal; alguien se puso a animarle demasiado pronto; los de Medway se echaron hacia delante; luego se disparó la pistola y yo eché a correr.

Dimos una vuelta alrededor del campo y luego seguimos como unos quinientos metros por un paseo de olmos, animados todo el rato por los espectadores, y me pareció notar que yo iba en cabeza cuando salimos por la verja y cogimos el camino, aunque no me molesté en comprobarlo. La carrera era de ocho kilómetros y el recorrido estaba marcado con rociadas de cal que brillaban en los postes de las puertas y en los troncos de los árboles y en las piedras, y un chico con una botella de agua y un botiquín esperaba cada quinientos metros por si alguno se caía o se desmayaba. Pasando el primer portillo, y sin proponérmelo, casi iba en cabeza, con



sólo uno delante; y si alguien quiere que le dé consejos sobre el correr, que no tenga prisa nunca, pero sobre todo que los demás nunca se den cuenta de que tienes prisa, aunque de verdad la tengas. Uno siempre puede adelantar a los demás en las carreras de fondo sin que se huelan que uno se esfuerza por correr más, y cuando uno ha usado esta treta para alcanzar a los dos o tres que van delante, después puede lanzarse a correr dejando en la sombra a la prisa de los demás pues no ha tenido que hacer demasiados esfuerzos hasta entonces. Yo me acomodé a un trote corto, y pronto se hizo tan suelto que se me olvidó que estaba corriendo, y casi no era capaz de darme cuenta de que las piernas me subían y bajaban y que los brazos iban alante y atrás, y los pulmones no parecía que trabajasen nada de nada; y el corazón interrumpió aquel molesto martilleo que siempre tengo al principio de una carrera. Porque, ¿saben?, yo nunca hago carreras para nada; sólo corro, y en cierto modo sé que si me olvido de que estoy corriendo y me limito a trotar sin prisa hasta que ni siquiera me entero de que estoy corriendo, siempre gano la carrera. Porque cuando mis ojos reconocen que estoy llegando al final del recorrido —al ver un portillo o la esquina de una casa— me lanzo con tal furia porque tengo la sensación de que hasta entonces no he estado corriendo y que no he consumido ninguna de mis energías. Y si he sido capaz de hacer eso es porque he estado pensando; y me pregunto si soy el único en esto del correr con este sistema de olvidar que está corriendo porque está demasiado ocupado pensando; y me pregunto si algunos de los otros chavales andan en lo mismo, aunque

estoy seguro de que no. Como el viento me lanzo por el camino de guijarros y el sendero trillado, más liso que la pista de hierba de campo y mejor para pensar porque me encontraba en mi elemento sabiendo que nadie se me podría ganar corriendo aunque me proponía vencerme a mí mismo antes de que se acabara el día. Porque cuando el director me habló de ser honrados cuando llegué aquí por primera vez, él no sabía lo que significaba esa palabra o no me habría metido en esta carrera, trotando bajo el sol en camiseta y pantalón corto. Me habría puesto donde yo le hubiera puesto a él si hubiera estado en su lugar: en una cantera partiendo piedras hasta romperse el espinazo. Por lo menos aquel agente con cara de Hitler era más honrado que el director, porque él la tenía tomada conmigo y yo con él, y cuando mi caso pasó al juzgado uno de la poli llamó a la puerta principal de nuestra casa a las cuatro en punto de la madrugada y sacó a mi madre de la cama un día que estaba baldada de cansancio, recordándole que tenía que estar en el juzgado a las nueve en punto sin falta. Fue la mejor demostración de despecho que he oído en mi vida, pero yo la llamaría honradez, lo mismo que fueron honradas, o mejor sinceras, las palabras de mi madre cuando le dijo de verdad a aquel agente lo que pensaba de él y le soltó todos los insultos más marranos que sabía, lo que le llevó su buena media hora y despertó a todo el barrio.

Trotaba junto a un prado bordeado por un sendero hondo, oliendo la hierba verde y la madreSelva, y sentí como si descendiera de una larga estirpe de galgos de carrera entrenados para correr a dos patas, sólo que no conseguía ver a un conejo de juguete allí delante ni tampoco tenía detrás un palo que me obligara a mantener el paso. Adelanté al corredor de Gunthorpe que tenía la camiseta negra de sudor, y empezaba a ver la esquina del matorral de delante, donde el único tío al que me faltaba por adelantar para ganar la carrera iba a toda leche para llegar a la señal de la mitad de recorrido. Luego dobló metiéndose por una lengua de árboles y matojos donde ya no le pude ver, ni pude ver a nadie, y entonces conocí la soledad que siente el corredor de fondo corriendo campo a través y me di cuenta que por lo que a mí se refiere esta sensación era lo único honrado y verdadero que hay en el mundo, y comprendí que nunca cambiaría, sin importar para nada lo que sienta en algunos momentos raros, y sin importar tampoco lo que me digan los demás. El corredor que venía detrás debía de estar muy lejos porque había mucho silencio, y se notaba menos ruido y movimiento incluso que el que se nota una fría madrugada de invierno a las cinco. Era difícil de entender, y lo, único que sabía era que uno tenía que correr, correr, correr, sin saber por qué está corriendo, pero uno seguía adelante atravesando campos que no entendía y metiéndose en bosques que le asustaban, subiendo lomas sin saber cómo había subido o bajado, y atravesando corrientes de agua que le habrían arrancado el corazón a uno de haber caído en ellas. Y el poste de la meta no era el final de eso, aunque un montón de gente le anime a uno, porque hay que seguir antes de haber recuperado el aliento, y la única vez en que uno se paraba de verdad era cuando tropezaba con el tronco de un árbol y se rompía la crisma o caía en un pozo abandonado y se quedaba muerto en la oscuridad para siempre. Así que pensaba: no me van a cazar con esta trampa de las carreras, con esto del correr tratando de ganar, con esto de trotar por un trozo de cinta azul, pues no es para nada un modo de pasárselo bien,

aunque me juren por lo más sagrado que sí. No hay que hacer caso de nadie y seguir el propio camino, y no el que señale una hilera de gente con cubos de agua y frascos de yodo por si te caes y te cortas y ellos te ayudan a levantarte —aunque desees quedarte donde estás—, a ponerte en marcha otra vez.

Seguí, salí del bosque, dejé atrás al que iba delante sin saber que lo adelantaría. Flip-flap, flip-flap, yog-trot, yog-trot, crunchslap, crunchslap de nuevo atravesando un campo por la mitad, corriendo rítmicamente sin esfuerzo, con mi estilo de galgo, sabiendo que había ganado la carreña aunque no hubiéramos llegado ni a la mitad, que ganaría si quisiera, que podría seguir durante otros diez, quince o veinte kilómetros aunque tuviera que caerme muerto al final, lo que en definitiva sería lo mismo que llevar una vida honrada como el director quería que llevase. Se resumía en esto: ganar la carrera y ser honrado; y seguí con mi trote-trote, viviendo uno de los grandes momentos de mi vida, contento de avanzar porque me sentaba bien y me hacía pensar lo que de momento me gustaba, pero sin importarme para nada cuando recordaba que tenía que ganar la carrera además de correr en ella. Una de dos, había que ganar la carrera o correrla hasta el final, y sabía que podía hacer las dos cosas porque mis piernas me habían llevado bien hasta entonces —ahora salía al atajo de la orilla con zarzas y subía al camino hondo— y seguirían llevándome más allá porque parecían hechas de cables eléctricos y perfectamente vivas para continuar golpeando las rodadas y las raíces, pero no voy a ganar porque el único modo de llegar el primero es tener que escapar de la poli después de hacer el mayor atraco de toda mi vida a un banco, pues ganar significa exactamente lo opuesto, sin importar de qué modo intenten matarme o engañarme: significa correr a echarme entre sus brazos, entre sus manos de guantes blancos y caras sonrientes, y quedarme allí para el resto de mi vida, una vida de partir piedras, a fin de cuentas, pero partirlas del modo en que yo quiera y no como ellos me digan.

Otro pensamiento honrado que se me ocurre es que podría doblar a la izquierda en el próximo seto del campo y, bajo el abrigo de ese seto, emprender una retirada lenta apartándome del campo de deportes y de la meta que hay allí. Podría hacer tres o seis o una docena de kilómetros a través de la hierba y seguir unos cuantos caminos para dejarlos atrás y que nunca pudieran saber cuál era el que había tomado; y quizá en el último, cuando hubiera oscurecido, podría pedir al chófer de un camión que me cogiese y viajar gratis hacia el norte con alguien que a lo mejor no me la jugaba. Pero no, he dicho que no era un idiota, ¿verdad? No quiero fugarme cuando sólo me quedan seis meses, y además no quiero evitarme nada, no quiero huir de nada; lo único que quiero es darles un susto a los de dentro de la ley, a los estúpidos barrigudos, que seguirán allá arriba sentados en sus blandos asientos mirando como pierdo la carrera, aunque tan seguro como Dios me hizo que sé que cuando pierda, y durante los meses que me quedan, me echarán encima todos los trabajos de limpieza y de cocina más asquerosos. Y a nadie de los que están aquí les importará ni tres peniques y medio lo que me pase, y éstas serán las únicas gracias que me darán por ser honrado del único modo que sé serlo. Pues cuando el director me dijo que fuera honrado estaba hablando de su modo de serlo y no del mío, y si me empeño en ser honrado del modo que él quiere y le

gano la carrera procurará que pase los seis meses que me quedan lo más cómodamente posible; pero desde mi punto de vista, bueno, eso no está permitido, y si encuentro el modo de resolver un caso como el que ahora me ocupa, me tocará aguantar todas las putadas que se le ocurran. Pero si uno considera la cosa como yo, ¿quién puede reprochárselo? Porque esto es una guerra —¿no lo he dicho ya?—. y cuando le golpee en el único sitio que él entiende, seguro que me las hará pasar canutas por no haberle conseguido esa maldita copa que lleva años deseando encontrarse en las manos al terminar la tarde, y entonces darme palmaditas en la espalda cuando yo la reciba de manos de lord Pelotas o de cualquier otro estúpido de nombre parecido. Así que voy a herirle donde más le duela, y él hará todo lo que pueda por vengarse, ojo por ojo y diente por diente, aunque yo la gozaré más porque fui el primero en pegar y porque llevo más tiempo planeándolo. No sé por qué pienso que estas cosas son mejores que las que



se me han ocurrido hasta ahora, pero creo que sí, y no me importa por qué. Supongo que si me ha llevado un montón de tiempo ponerme a pensar en ellas es porque no había tenido tiempo ni tranquilidad en toda mi puñetera vida, y que ahora los pensamientos vienen por sí solos y el único problema consiste en que muchas veces no me puedo parar, ni siquiera cuando mi

cerebro nota que le va a dar un calambre, uniéndose la dentellada del frío y una parálisis creciente, y entonces tengo que darle un descanso lanzándome por entre las zarzas del sendero hondo. Pero todo esto es un gancho que lanzaré el primero a la gente como el director, para enseñarles —si puedo— que sus carreras nunca las gana nadie, aunque un tipo llegue el primero alguna vez sin saberlo, y que al final el director será el condenado mientras los chavales como yo recogeremos lo que quede de sus huesos chamuscados y bailaremos como locos alrededor de las ruinas de su reformatorio. Y así este relato es igual que la carrera, y digo una vez más que no la ganaré, no le daré ese gusto al director; no, yo no soy honrado como él dice que hay que serlo sin saber lo que quiere decir, aunque supongo que yo nunca saldré en un relato escrito por él, ni que él lea este mío y sepa de quién hablo.

Acabo de salir del camino hondo, codos y rodillas doblados, golpeado y arañado por las zarzas, y la carrera ya ha llegado a sus dos tercios, y una voz como la de la radio dentro de mi mente me dice que cuando te has sentido de coña al ser el primer hombre de la tierra una mañana de frío, y has conocido lo mal que es sentirse el último hombre de la tierra una tarde de verano, entonces a fin de cuentas te sientes como el único hombre de la tierra y no te importa un comino ni lo bueno ni lo malo, sólo te importa trotar con las zapatillas golpeando en el suelo seco tan agradable, que por lo menos nunca te jugará una mala pasada. Ahora es como si las palabras salieran de un aparato de cristal que está roto y algo pasa dentro del armazón de mis tripas que me fastidia y no sé a qué echar la culpa ni por qué; es un embotamiento cerca del corazón parecido a un despertador que estuviera suelto dentro del cuerpo lo mismo que un saco de tuercas oxidadas y que sacudo cada vez que doy un paso adelante. De vez en cuando rompo el ritmo al notar un cuchillo clavado en mi hombro izquierdo y doblo el brazo derecho para tratar de arrancármelo, aunque no sé ni cómo se me ha clavado allí. Pero sé que no es nada que deba preocuparme que lo más probable es que lo provoque el pensar demasiado, ese pensar que de vez en cuando tomo por preocupación. Porque a veces soy el hombre más angustiado del mundo, me parece (como habrán adivinado al ver que he escrito este relato), lo que de todos modos es raro porque mi madre no sabe lo que significa esa palabra, por lo que no pude aprenderla de ella; en cambio, papá las pasó moradas, toda su vida angustiado hasta que llenó todo su dormitorio de sangre caliente y murió aquella mañana cuando estaba solo en casa. Nunca olvidaré eso, seguro que no, porque fui yo el que lo encontré, y muchas veces he deseado no habérmelo encontrado así. Volví de una sesión de máquinas tragaperras de la freiduría, con mis ganancias sonándose en el bolsillo y me encontré con la casa toda silenciosa y como muerta, y nada más entrar me di cuenta de que algo iba mal; me quedé allí de pie con la cabeza apoyada contra el frío espejo de encima de la chimenea tratando de no abrir los ojos y verme la cara pálida como el mármol... porque sabía que nada más entrar se me había puesto tan blanca como un trozo de yeso lo mismo que si me hubiera atrapado Drácula el vampiro, y hasta los peniques que tenía en el bolsillo se quedaron quietos de repente.

El de Gunthorpe casi me alcanzaba. En los brezos del seto cantaban pájaros, y un par de tordos se metieron como relámpagos entre unos

arbustos espinosos. El trigo había crecido en el campo de al lado y pronto lo segarían con guadañas y segadoras mecánicas; pero no quería fijarme en muchas cosas mientras corría, por si acaso eso alteraba mi ritmo de marcha, conque al pasar junto a un montón de heno decidí dejarlo todo a mis espaldas y me lancé a toda leche, a pesar de los clavos que se me clavaban en las tripas, y poco después había dejado al de Gunthorpe y a los pájaros un buen trecho atrás; no me faltaba mucho para entrar en los últimos dos kilómetros como un cuchillo cortando margarina, pero el silencio en el que de repente me encontré trotando entre dos estacas en punta era igual que abrir los ojos debajo del agua y mirar los guijarros del fondo de un río y me recordó otra vez aquella mañana en que entré en la casa donde el viejo la había palmado, lo que es raro porque no había pensado en ello para nada desde que pasó y ni siquiera entonces había pensado mucho en la cosa aquella. Me pregunto que por qué. Supongo que desde que me he puesto a pensar durante estas carreras de fondo me expongo a que me crezca cualquier cosa en las tripas y me las revuelva, y ahora que veo a papá todo cubierto de sangre detrás de cada brizna de hierba dentro de mi puñetero cerebro de corredor, no estoy seguro de que me guste pensar ni de que, a fin de cuentas, la cosa merezca la pena. Me trago la flema y sigo corriendo a pesar de todo y maldigo los que construyeron el reformatorio y sus pruebas de atletismo —flapiti-flap, slop-slop crunchslap-crunchslap-crunchslap— pues a lo mejor me han estado fastidiando desde el principio metiéndome en la cabeza diapositivas de linterna mágica que nunca habían tenido la oportunidad de entrar en ella. Sólo si acepto todo lo que pase bajo mi zancada de corredor, podré seguir siendo como era antes y les volveré a derrotar; y ahora que con mis pensamientos he llegado tan lejos, sé que al final de todo este crunchslap ganaré. Así que, con todo, al rato subí los peldaños uno a uno sin pensar en nada de nada de cómo iba a encontrarme con papá ni en lo que haría cuando me lo encontrase. Pero ahora lo compenso pensando en la maldita vida que le dio madre desde que me alcanza la memoria, siempre liada con tipos distintos incluso cuando papá estaba vivo y en forma, y a ella sin importarle de si se enteraba o no, y la mayor parte del tiempo él no estaba tan ciego como ella creía, y maldecía y bramaba y la amenazaba con partírle la cara, y yo tenía que levantarme e impedirselo aunque supiera que ella se lo merecía. ¡Vaya una vida para todos nosotros! Bueno, no voy a refunfuñar, porque si lo hiciera a lo mejor gano esta estúpida carrera, cosa que no voy a hacer, aunque si no pierdo velocidad ganaré antes de darme cuenta de dónde estoy, y entonces ¿en qué situación quedo?

Ahora ya oigo el ruido y la música del campo de deportes mientras enfilo de vuelta hacia las banderas y el paseo de la entrada, y noto la nueva sensación de la gravilla bajo mis pies chocando con los músculos de hierro de mis piernas. No estoy sin aliento a pesar de que el saco de clavos se agita más que nunca, y todavía puedo dar, si quiero un último salto tremendo como la racha de un huracán pues todo está bajo control y ahora sé que no hay ningún corredor de fondo de campo a través en toda Inglaterra capaz de desafiar mi velocidad y estilo. El muy borde de nuestro director, nuestro semimuerto y gangrenado abuelete, está hueco como un barril de petróleo vacío, y quiere que yo y mi vida de corredor le demos gloria, le proporcionemos una sangre y unas venas palpitantes que nunca

ha tenido, quiere que sus tripudos compinches sean testigos de cómo me ahogo y me tambaleo camino de la meta, para que él pueda decir:

—Mi reformatorio consigue esa copa, ya ven. Gano la apuesta porque siempre da fruto el ser honrado y tratar de ganar los premios que ofrezco a mis chicos, y ellos lo saben y lo han sabido siempre. Y desde ahora serán honrados siempre porque yo he hecho que lo sean.

Y sus compinches pensarán:

«Después de todo, entrena a sus chicos para que vivan honradamente; merece una medalla y conseguiremos que la hagan sir.»

...Y en ese mismo momento, mientras los pájaros vuelven a cantar de nuevo, me digo que me importa un rábano lo que piensen o digan esos tipos dentro de la ley sin nervios ni huesos. Ya me han visto y me están animando y los altavoces de alrededor del campo, como orejas de elefante, están difundiendo la buena nueva de que voy en *cabeza* con mucha ventaja y que no puedo evitar seguir en ese puesto. Pero yo sigo pensando en la muerte de fuera de la ley que tuvo mi padre, echando de casa a los médicos que se empeñaron en que fuera a morir en un hospital (como un desgraciado conejillo de Indias, les gritaba). Se levantó de la cama para echarlos y hasta les siguió escaleras abajo en camisa, aunque no era más que piel y huesos. Trataron de convencerle de que necesitaba unos medicamentos, pero él no los escuchó, y sólo tomó el analgésico que madre y yo le compramos en el herbolario de la calle de al lado. Hasta ahora no me había dado cuenta de las narices que tenía mi padre, y cuando entró en el cuarto aquella mañana estaba caído boca abajo con la ropa tirada en cualquier parte, con pinta de conejo despellejado, la cabeza gris descansando en el mismo borde de la cama, y en el suelo estaba sin duda toda la sangre que tenía en el cuerpo, desde las mismas uñas de los pies hasta arriba, pues casi todo el linóleo y la alfombra estaban cubiertos de una capa rosada y fina.

Y seguí paseo abajo con el corazón bloqueado como si tuviera una presa en las arterias, y el saco de clavos cada vez más y más encastrado abajo, como en un armazón de madera, y sin embargo con unos pies igual que alas de pájaros y unos brazos como garras listas para cruzar el campo volando, si no fuera porque no quería proporcionar ese espectáculo a nadie ni ganar la carrera por casualidad. Siento el olor del día tan seco ahora que me acerco corriendo al final, subiendo un montículo de hierba que las segadoras de césped empujadas por los compañeros han limpiado de botes vacíos; arranco un trozo de corteza de árbol con los dedos y me lo meto en la boca, masticando madera y polvo y quizá cresas mientras corro hasta que estoy casi mareado, y tragando sin embargo todo lo que puedo de esa mezcla porque un pajarillo me cantó que todavía tengo que seguir vivo por lo menos una temporada bastante larga, aunque me voy a pasar seis meses sin oler la hierba ni probar esa corteza polvorienta ni trotar por este agradable camino. Me fastidia tener que decirlo, pero un puñetero no sé qué me hizo llorar, y llorar es una cosa torpe que no había hecho desde que tenía dos o tres años. Porque ahora estoy disminuyendo la marcha para que me coja el de Gunthorpe, y lo hago aquí, en el sitio preciso donde el paseo dobla al entrar en el campo de deportes... donde puedan ver lo que hago, especialmente el director y su pandilla de la tribuna principal, y voy tan despacio que casi establezco una marca. Los de los asientos de más cerca

todavía no entienden lo que pasa y siguen animándome como locos preparados para cuando llegue a la meta, y yo sigo preguntándome cuándo plantará el pie en el campo ese jodido de Gunthorpe que viene detrás, porque no puedo alargar esto todo el día, y pienso:

«Dios mío, sería muy mala suerte que ese de Gunthorpe se hubiese caído y tuviera que quedarme media hora aquí esperando a que aparezca el siguiente.»

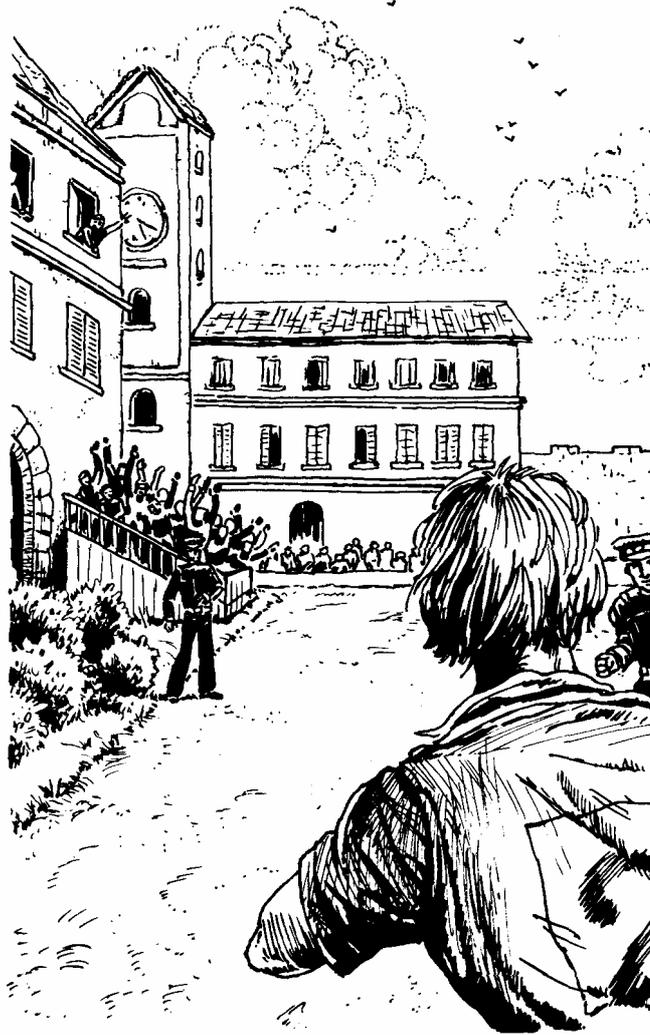
Pero a pesar de eso, me digo, no me moveré, no voy a correr esos últimos cien metros aunque tenga que sentarme encima de la hierba con las piernas cruzadas y obligar a que el director y sus muñecos de trapo tengan que cogermé y llevarme allí, lo que va contra el reglamento, conque ya pueden apostar a que jamás se atreverán a hacerlo porque no son lo suficientemente listos para transgredir las reglas —como yo haría si estuviese en su lugar— por mucho que las hayan inventado ellos mismos. No, les enseñaré lo que significa la honradez, aunque eso sea la última cosa que haga en mi vida, y eso que estoy seguro de que el director nunca lo entenderá, pues si él y todos los que son como él lo entendiesen, significaría que estaban de mi parte, lo que es imposible. Y juro por Dios que aguantaré todo esto como mi padre aguantó los dolores y echó a los médicos escaleras abajo a patadas; y si él tuvo narices para hacer eso, yo las tendré para esto y me quedaré aquí esperando a que el de Gunthorpe o el de Aylesham pateen esta hierba y corran slap-slap hasta aquel trozo de tela extendido por encima de la cinta de llegada. En cuanto a mí, la única vez que cruzaré esa cinta será cuando esté muerto y me espere al otro lado un ataúd bien cómodo. Hasta entonces soy un corredor de fondo que cruzo los campos completamente solo sin importarme lo mal que me sienta.

Los chicos de Essex gritaban y la cara se les ponía morada de tanto chillarme que corriera, agitando los brazos, poniéndose de pie y haciendo como si fueran a correr ellos mismos hacia la cinta aquella porque sólo estaba a unos pocos metros de ella. Pandilla de estúpidos, pensé, ya os podéis quedar ahí en la meta, y sin embargo sabía que no querían decirme lo que me chillaban, que ellos estarían siempre de verdad de parte mía, sin tener las garras quietas nunca, entrando y saliendo indefinidamente de comisarías y cárceles. Pero ahí estaban ahora pasándose en grande, dedicados a pegar gritos para animarme, con lo que el director creía que estaban de cuerpo y alma de parte suya cuando, si hubiera tenido una pizca de sentido común, jamás se habría figurado una cosa así. Ahora oía también a los lores y las ladies de la tribuna principal, y los veía ponerse de pie haciéndome gestos de que entrase.

—¡Corre! —me gritaban con sus delicadas voces—. ¡Corre!

Pero yo estaba sordo, tonto y ciego, y me quedé donde estaba, chupando todavía la corteza que tenía en la boca y berreando sin parar como un niño, pero ahora berreando de alegría porque al final les había vencido.

Porque oí un rugido y vi a la basca de Gunthorpe lanzando sus chaquetas al aire y oí a mis espaldas el pat-pat de unos pies en el paseo que se acercaban más y más, y de repente oí a sudor y un par de pulmones en sus últimas boqueadas me adelantaron y continuaron acercándose a la meta; el tío iba todo encorvado y balanceándose de un lado a otro, gruñendo como un zulú que no supiera hacer otra cosa, como mi propio



espíritu a los noventa años cuando me dirija al ataúd tapizado. Hubiera sido capaz de animarle yo mismo.

—¡Sigue! ¡Sigue y revienta! Átate a ese trozo de cinta.

Pero él ya había llegado a la meta, conque yo seguí trotando detrás de él hasta que estuve junto a la línea de llegada, y llegaba un rugido asesino que me atravesaba los oídos mientras yo seguía en la parte de acá de la cinta.

Ya casi es tiempo de que me pare para que no crean que no sigo corriendo, porque sí corro, de un modo u otro. El director del reformatorio demostró que la razón la tenía yo; no respetó para nada mi honradez; no *es* que yo esperara que lo hiciera, ni tan siquiera había tratado de explicársela, pero sí se supone que un tipo educado debería de haberla más o menos comprendido. Se desquitó, o al menos eso creyó, pues me puso a carretar sacos de basura todas las mañanas desde la cocina, que funcionaban a tope, hasta las zanjas del huerto donde tenía que vaciarlos; y por la tarde tenía que regar las patatas y las zanahorias que crecían en las parcelas. Por la noche fregaba el suelo, kilómetros y kilómetros de suelo. Pero no era una vida mala para seis meses, lo que era otra cosa que él no conseguía entender y le hubiera puesto de mal humor si lo hubiera entendido, y cuando miro hacia atrás veo que merecía la pena, considerando todo lo que había pensado, y el hecho de que los chicos se dieran cuenta de que perdía

la carrera adrede y no encontraban palabras lo suficientemente agradables que decirme, ni maldiciones y tacos que soltar (para sus adentros) contra el director.

El trabajo no me hundió; en todo caso me hizo más fuerte en muchos sentidos y cuando me fui, el director supo que su despacho no le había servido de nada. Porque en cuanto salí del reformatorio trataron de alistarme en el ejército, pero no pasé el examen médico y les voy a decir por qué. Nada más salir, después de aquella carrera final y los seis meses de trabajo duro, caí enfermo de pleuresía, lo que significa, en lo que a mí se refiere, que hice muy bien en perder la carrera del director y ganar la mía dos veces, porque sé seguro que si no hubiera participado en la carrera no habría cogido esa pleuresía, lo que me libra del uniforme, pero no me impide hacer el tipo de trabajo que les gusta hacer a mis nerviosos dedos.

Ahora he salido y las cosas siguen igual, pero los polis no me han cogido por la última faena gorda que hice. Me valió seiscientas veintiocho libras y todavía sigo viviendo de ellas porque hice el trabajo totalmente solo, y luego he tenido tranquilidad para escribir todo esto, y habrá dinero suficiente para aguantar hasta que termine mis planes para dar un golpe todavía mayor, algo que mantengo en secreto y que no explicaré a ningún alma viviente. Preparé los planes y el escondite mientras le daba a la escoba por los suelos del reformatorio, y planeé mi vida aparente de trabajo honrado e inocente al tiempo que perfeccionaba los detalles del golpe que iba a dar en cuanto estuviese libre; y lo que volvería a hacer si los de la poli me echaban la mano encima otra vez.

En el ínterin (como dice en un par de libros que he leído desde entonces, unos libros inútiles, sin embargo, porque los dos terminaban bien y no me enseñaron nada de nada) voy a darle este relato a un compinche mío y le diré que si la poli me vuelve a coger intente que salga en un libro o en algo así, porque me gustaría muchísimo ver la cara que pone el director cuando lea esto, si lo lee, claro, que no creo que lo haga; y aunque lo leyese me parece que no sabría de qué se trata. Y si no me cogen, el fulano al que le daré este relato no me venderá jamás; ha vivido en nuestra calle desde que yo recuerdo, y es mi amigo. Lo sé seguro.

**F I N**